



# Discernir la acción de Dios en la historia

Carlos Casale  
Doctor en Teología

El Centro Teológico Manuel Larraín ha venido reflexionando en los últimos años de manera interdisciplinaria sobre la temática de los “signos de los tiempos”<sup>1</sup>. Algunas de las intuiciones surgidas en esa instancia pueden ser puestas al servicio del *discernimiento* de estos signos.

El Concilio Vaticano II ha invitado a tener en el centro de la fe la preocupación por auscultar la acción de Dios en la historia a través de los “signos de los tiempos”: para cumplir su misión, es deber de la Iglesia “escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio”, para poder “responder a las perennes interrogantes de la humanidad”. La Iglesia discierne así en los acontecimientos relevantes de la humanidad “los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (cf., *Gaudium et spes*, núm. 4 y 11).

Se trata de un Concilio que quiere proponer las verdades dogmáticas fundamentales del cristianismo, moduladas en un género literario pastoral. Es decir, para ser capaces de entender la “gramática” de Dios debemos estar dispuestos a dejarnos alcanzar por su acción en la historia, con lo que la teología es eminentemente *interpretación del tiempo*. Y lo es, igualmente, porque el hombre desarrolla su existencia *en* el tiempo.

El tiempo nos confronta de este modo a un constante discernir. Así, al estar presente Dios en Cristo, el acontecimiento cristológico muestra una capacidad temporal para engendrar un tiempo nuevo y propio.

Clave para entender la intención profunda del Concilio es la *nota a pie de página* al inicio de *Gaudium et spes*: “Se llama constitución ‘pastoral’ porque, apoyada en principios doctrinales, quiere expresar la actitud de la Iglesia ante el mundo y

el hombre contemporáneo. Por ello ni en la primera parte falta intención pastoral, ni en la segunda intención doctrinal. En la primera parte la Iglesia expone su doctrina del hombre, del mundo y de su propia actitud ante ambos. En la segunda parte considera con mayor detenimiento diversos aspectos de la vida y la sociedad actual... Ello hace que en esta última parte la materia, aunque sujeta a principios doctrinales, conste no solo de elementos permanentes, sino también de algunos otros contingentes”. He aquí la clave del asunto: *en y a través* de los elementos espacio-temporales contingentes *también* se revela Dios, como por ejemplo en las esperanzas, preguntas, búsquedas y angustias del hombre contemporáneo.

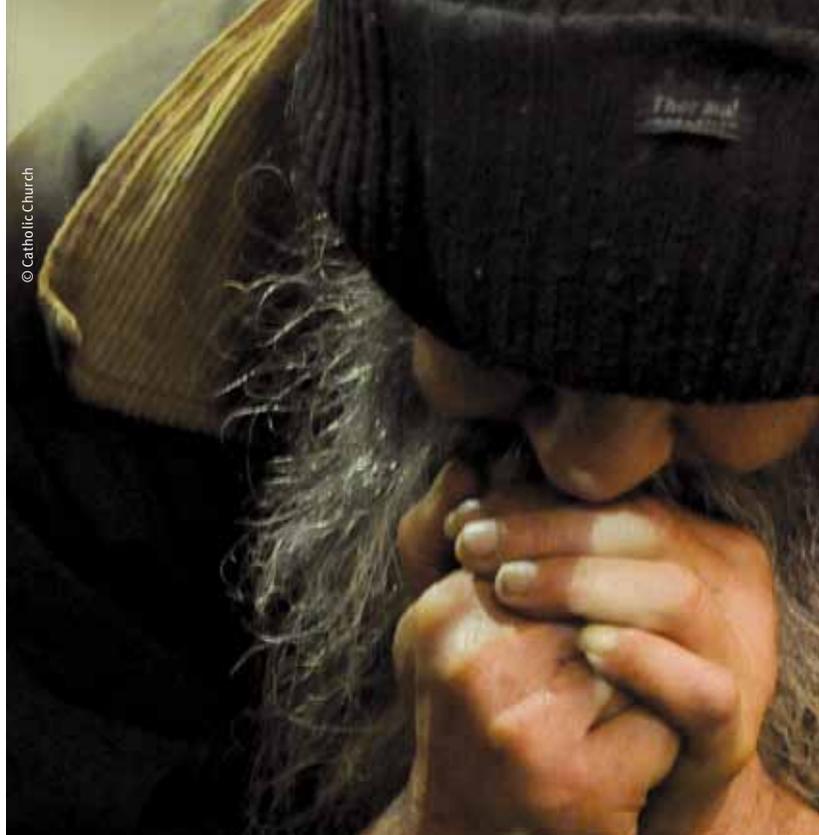
La revelación total de Dios es Jesucristo, en él se esclarece quién es Dios y quién es el hombre. Pero Cristo sigue interpe-lando a través del Espíritu en la historia. Por lo que sin esta relación empática con la historia, la Iglesia no se puede conocer a sí misma, su *ser*, pues su identidad está siempre supeditada a discernir la acción de Dios en la historia, lo que le revela a la comunidad eclesial su *misión* (cf., *Gaudium et spes*, núm. 40-54).

Y, por tanto, cuando la Iglesia se abre a las grandes interrogantes, búsquedas y fatigas del hombre actual se encuentra, fatigándose ella misma (como Jesús en la escena del pozo), con *Aquel* que la envió, Jesucristo, que a través de la encarnación, como nos recuerda *Gaudium et spes*, está de algún modo presente en todos los hombres (cf., n. 22).

Discernir a Dios (su *identidad*) es hacerlo así donde Él libre, imprevisible y gratuitamente actúa (*localizarlo*).

## DIOS ACONTECE EN LA CREACIÓN Y LA HISTORIA

El acontecer de Dios no se puede reducir a un simple “hecho”: va más allá de todo hecho y de toda cosificación por el peso de las posibilidades del futuro y por lo cual el evento divino toca las raíces mismas del mundo para el testigo de ese actuar. El acontecer de Dios no lleva a cabo solamente un posible previo, ya caracterizado al interior del mundo (pensemos en las “visiones de mundo” y “espíritu de la época” de los saduceos, esenios, sumos sacerdotes, zelotas y fariseos frente a Jesús, su ética, sus parábolas, las bienaventuranzas, el sermón del monte, los criterios para elegir discípulos y sus milagros, como también en la primacía del reino de Dios frente al templo, la raza, la sabiduría, el poder y la ley), sino que llega a lo posible en su fuente y así revoluciona, trastoca el mundo de aquel a quien se revela (acordémonos de las frases de Jesús, del tipo “lo que hayáis hecho con el más pequeño de entre los míos, conmigo lo habréis hecho”, “los últimos serán los primeros”, “¿me distes de comer?”, “de los pobres es y será el reino de los cielos”, “quien gana la vida, la perderá”, “nadie tiene más amor que el que da la vida por los amigos”, “se debe perdonar a los enemigos”, todas frases que nos señalan que el mundo *verdadero* es... el mundo *al revés*). Dios es, así, el *rostro* de lo posible. De esta manera, el acontecer de Dios no pone en jaque solo algunas posibilidades al interior del mundo y la historia, que en suma,



© Catholic Church

permanecerían igual. Pues al cambiar ciertos posibles, “recapitula”, como subraya san Pablo, lo posible en su totalidad.

Compañeros de ruta en la actitud, disposición y sensibilidad básica para escrutar la acción de Dios en la historia son algunos poetas que le cantan a la transformación que irrumpe en el mundo y el tiempo propios por la persona amada, e intuiciones básicas de la fenomenología.

Por ejemplo, en el ámbito de la poesía, Neruda escribe: “Antes de amarte, amor, nada era mío: vacilé por las calles y las cosas: nada contaba ni tenía nombre: el mundo era del aire que esperaba... Todo estaba vacío, muerto, mudo, caído, abandonado, decaído, todo era inalienablemente ajeno, todo era de los otros y de nadie, hasta que tu belleza y tu pobreza llenaron el otoño de regalos”.

Se trata entonces de un dejarse tocar, sorprender, interpelar por los mismos “mundos de la vida” (sus tradiciones, y su capacidad de *autoexplicarse*), donde Dios está actuando y transformando, y *recién ahí* auscultar el “pasar” de Dios.

## ¿CÓMO AUSCULTAR LA ACCIÓN DE DIOS EN SUS SIGNOS?

En el Nuevo Testamento, Dios mismo se autorevela en Jesucristo, que es el “signo de los tiempos” definitivo. Gracias a la acción del Espíritu Santo, Jesucristo no se transforma en un hecho del pasado que se haga actual solo en el ámbito de la memoria, sino que se hace, mesiánicamente, presente y universal concretamente. El Espíritu es el que permite descubrir, de ese modo, la acción y pasión del Dios de Jesucristo, las huellas y signos de su pasar en el presente (en la tradición bíblica, el

<sup>1</sup> www.centromanuellarrain.cl



¿Dónde dijo Jesucristo que iba a estar reconocible como el “signo de los tiempos”, es decir, como expresión suprema de Dios y su voluntad creadora, redentora y plenificadora?

Espíritu es el que saca de sí y nos permite reconocer a Cristo más allá de la “topografía” que teníamos por segura).

Jesucristo manifiesta ante todo que en él acontece Dios y su plan con respecto a la creación. En él se *plenifica* este proyecto. Por tanto, se puede afirmar que el ejercicio de reconocer a Dios en la historia sufre una concentración cristológica y una expansión universal y concreta en el Espíritu.

Y así surge una interrogante capital: ¿dónde dijo Jesucristo que iba a estar reconocible como el “signo de los tiempos”, es decir, como expresión suprema de Dios y su voluntad creadora, redentora y plenificadora?

De forma quizá excesivamente simple, se puede afirmar que ese lugar, esa *topografía*, es *ahí* donde hombres, comunidades, individuos se convierten, como respuesta a la acción de Dios en ellos, a su voluntad, que desde Jesús se puede llamar vocación a una vida buena y por eso lograda y plena, como anticipación de la vida *en* Dios, basada en la fraternidad, la justicia, la libertad, la paz, el servicio, el cargar con otros, la creatividad. Pues solo cuando se dan estas dimensiones —o recuperan—, queda el hombre liberado de toda violencia, egoísmo o coacción que le impida, como una pesada loza, ejercer su creatureidad (icreado creador!), como lo es *cuidar* al hermano y lo creado y ofrecerlo, en *acción de gracias*, al Padre.

## INSTRUMENTOS PARA DISCERNIR

Antes que nada, señalemos una *distinción fundamental* para precisar cuál es el contenido mínimo, la “masa crítica”, para que algún evento pueda ser llamado “signo de los tiempos”.

Lo primero que hay que decir es que no todo “hecho” que irrumpa y trastoque mi visión de las cosas es *automáticamente* un “signo de los tiempos”, como, por ejemplo, el rescate de

los mineros o un terremoto. Tampoco lo son todas las acciones de Dios. Él actúa constantemente en la historia y en los individuos, pero no todas estas intervenciones se manifiestan como “signos de los tiempos”. Ejemplo de esto último podría ser que una congregación religiosa cuente eventualmente en cantidad y calidad con muy buenos religiosos, o que en una familia se viva la reconciliación después de años de conflicto. Para que un acontecimiento se llame “signo de los tiempos” deberá cumplir con los “mínimos” que detallamos a continuación.

En el lenguaje periodístico y de la opinión pública, se llaman *signos de los tiempos* sucesos que remecen de alguna manera formas de pensar, interactuar que se tenían por establecidas.

Ahora bien, en una teología de los “signos de los tiempos”, como la que proponemos, se trata primeramente de cambios de “paradigmas”.

Es decir, se trata de transformaciones profundas de entender teórica y prácticamente al hombre, la sociedad, la realidad, que por su frecuencia se asientan en el tiempo. Son eventos generalizados y logran un amplio consenso, sobre todo ético. Algunos de ellos, por ejemplo, son el tema de los derechos humanos y la igual dignidad de todos los hombres, la conciencia de los trabajadores de ser una clase vulnerable a nivel planetario que lucha por sus derechos, la nueva conciencia ecológica, el reconocimiento de la dignidad y derechos de la mujer, los cambios en las formas de comunicarnos, la globalización, etc.

Por tanto, los “signos de los tiempos” no son hechos aislados, episódicos, eventuales, personales, sino procesos históricos generalizados que anticipan tiempos mejores e implican un consenso colectivo.

Juan XXIII, en *Pacem in terris*, y Pablo VI, en *Populorum Progressio*, ven “signos de los tiempos” cuando, en aquellos acontecimientos que implican cambios de paradigma que la comunidad eclesial comparte consensuada y solidariamente con el mundo, *reconocen* la acción de Dios en la humanidad a través de la manifestación de los valores mesiánicos: dignidad, justicia, paz, fraternidad, sacrificio, cuidado de la creación, existencia por otros, libertad, etc.

Y al reconocer estos valores, la comunidad cristiana experimenta una radical apelación a su libertad a una profunda conversión, a *volver a nacer*, al reino de Dios, y que de ahí en adelante se compromete totalmente con toda su rica tradición de praxis mesiánica en la historia, sobre todo en procesos de restitución de dignidad, libertad, fraternidad, vida buena, reconocimiento, justicia a los postergados, marginados, excluidos, los que viven en constante estado de vulnerabilidad, y pobres, sea por razones económicas, sexuales, culturales, religiosas, etc. (cf., *Documento de Aparecida*, n. 65).

Recién en este complejo *proceso* estructural se dan “signos de los tiempos”.

De esta manera, una teología de los “signos de los tiempos” es decididamente una *teología*, pues no se trata de *dar cuenta* de una realidad, solo descriptivamente, de señalar el “espíritu de la época”, sino ante todo de comprometerse, *fatigarse* en la praxis en esa realidad.

Esta teología es también crítica de sí misma frente a la tentación de transformar en ideología sus análisis y método, lo que la hace una disciplina decididamente hermenéutica. Esta teología debe “vigilar” siempre que de lo que se está hablando es de Dios, por lo que en su lenguaje, en la apropiación del método de otras ciencias y en la lógica de su argumentación, debe dejar que el fenómeno se dé siempre en su carácter finalmente indisponible, de exceso y “siempre mayor”; brevemente: escatológico. Es necesaria aquí la “vigilancia epistemológica” para tomar conciencia de la multitud de saberes que comparecen en los “signos de los tiempos” para que se pueda escuchar a los que menos cuentan y que plasman su sentir, sus anhelos, lo que en nuestro Continente ha captado muy bien la literatura y la poesía, y en el último tiempo, el cine. Y, finalmente, su carácter crítico se manifiesta cuando en los movimientos de emancipación y lucha por dignidad y reconocimiento señala que sean adosamientos puramente ideológicos en aquéllos.

## VÍNCULO, RECONOCIMIENTO Y EMANCIPACIÓN

Desde el advenimiento de la Modernidad se pueden constatar grandes cambios de “paradigmas” en la comprensión y ejercicio de áreas fundamentales donde se desarrolla la existencia, la libertad y la búsqueda de sentido y trascendencia: las mutaciones de la experiencia religiosa en un mundo secular e individualista, los cambios en la comprensión de la sexualidad, el cuerpo, la afectividad, las nuevas formas de comunicarnos y establecer vínculos, las transformaciones en todos los ámbitos que implican las relaciones económicas y sociales, el impacto de la globalización y su efecto en las formas de relacionarnos y reconocernos, la creciente necesidad de auténtica alteridad y reconocimiento y una búsqueda de emancipación.

La Modernidad conduce también a “procesos de individualización” que quitan su perfil y desintegran la unidad del mundo social de la vida, llevando la vivencia de la fragmentación de los ámbitos de la vida, en la creciente difuminación de los mismos y en la “nueva confusión” (Habermas) que ha hecho más difícil toda orientación vital, como también formas de vínculos mucho más episódicos.

Y aquí surge una pregunta: ¿es capaz la comunidad cristiana de discernir, en medio de los cambios de paradigmas que se han asentado de forma planetaria en el ámbito de la comunicación, la sexualidad, la globalización, la religión y la economía, de forma *positiva* la acción divina en el empeño humano por crear vínculos más concretos y humanos, de valorar la comunión,

el bien común y la fraternidad, el reconocimiento a aquellos que este les había sido negado y, finalmente, ver esfuerzos de emancipación que permitan al hombre ejercer su creatividad, autonomía y la gratuidad?<sup>2</sup>.

¿Es capaz la comunidad cristiana de discernir, en medio de los cambios de paradigmas que se han asentado en el mundo, de forma positiva la acción divina en el empeño humano por crear vínculos más concretos y humanos, de valorar la comunión, el bien común y la fraternidad?

El Documento de Aparecida nos ilumina cuando afirma que la “valoración de la ética es un signo de los tiempos que indica la necesidad de superar el hedonismo, la corrupción y el vacío de los valores”.

A primera vista, muchos de los fenómenos descritos aparecen bajo un signo negativo. Pero, si se mira mejor, dejando que los fenómenos *se nos den*, aparece una reivindicación del cuerpo y una madura valoración del necesario nexo entre erotismo y espiritualidad para las relaciones maduras, duraderas y auténticas, la aparición de la voz de la mujer en la “conversación” sobre la sexualidad y los afectos, una recuperación de la felicidad puesta no tanto

en el consumo (*tener*) sino en relaciones que me permitan desarrollarme y crecer en comunidad (*ser*). Crecer en una experiencia de la religión que ya no ve a lo secular como lo que impide la vivencia religiosa, sino que nos ayuda a percibir, por la “ley de la encarnación”, el carácter secular de la fe, y que frente a una tendencia privatizadora de la religión se recupere, en muchas comunidades, el talante originalmente comunitario, fraterno y solidario de la fe cristiana. En una *segunda lectura*, también se aprecia que fenómenos como Facebook y Twitter no solo implican relaciones abstractas y de rápida satisfacción, y la disolución de formas más comunitarias de ejercer nuestros *logos*, nuestra habla. Estos peligros están presentes, evidentemente, pero esta *lectura* también nos muestra intentos auténticos de vínculos más humanos y la recuperación de la importancia del otro, la alteridad, para la construcción de la felicidad y vida buena.

De este modo, en relación con la interrogante de si la comunidad cristiana es capaz de auscultar en los cambios de paradigmas mencionados la acción divina en el empeño humano por ejercer su libertad a favor de vínculos, reconocimiento y emancipación humanizadoras, nos atrevemos a afirmar que una teología de los “signos de los tiempos” no es la simple *toma de acta* de que las cosas no funcionan de acuerdo al plan de la creación y al evangelio. No consiste en la sola afirmación de la des-gracia y el anti-reino. Estas son dimensiones a tener en cuenta en un ejercicio de “contraste”, pero esta teología es *primariamente* auscultar la acción de Dios en el ejercicio de la libertad de hombres (o, a veces, un individuo como testigo o santo, como por ejemplo san Alberto Hurtado) y comunidades que manifiestan en su comprensión del mundo y praxis la acción transformadora de Jesús a través del Espíritu. Dicho de otro modo, si en los “signos de los tiempos” se trata de una *referencia* a Dios, a lo que Él es, estos se dan ahí donde los excluidos y no amados son amados en justicia y dignidad, por lo que esta praxis se revela como un criterio hermenéutico factual y concreto, para discernir el ejercicio de mi libertad.

<sup>2</sup> Cf. dos interesantes contribuciones de E. Silva, “Aportes del cristianismo a la política”, *Mensaje* 567 (2008), 33-36 y “El Bicentenario: un país, varias tradiciones”, *Mensaje* 592 (2010), 34-39.

El *Documento de Aparecida* nos ilumina al respecto cuando afirma que la “valoración de la ética es un signo de los tiempos que indica la necesidad de superar el hedonismo, la corrupción y el vacío de los valores” (99g).

No encontramos, por consiguiente, “signos de los tiempos” ahí donde los vínculos se viven de forma poco concreta, bajo la lógica de la eficiencia, de crecimiento sin igualdad, de modo hedonista, egoísta, donde el otro es medio y no fin, donde la felicidad está puesta en el consumo, cuando no hay reconocimiento —en dignidad, derechos, potencial creador— del otro como un igual en su diferencia, donde las formas de organización social, de entender la sexualidad, vivir la religión, comunicarnos, no facilitan la emancipación, la madurez, el ser yo mismo, la libertad para crear, para formar comunidad.

Encontramos estos “signos” en el momento en que los creyentes son capaces de auscultar la acción de Dios cuando, en medio de las situaciones descritas en el párrafo anterior, una comunidad, un “testigo”, *viendo y amando al mundo como lo hizo Jesús* (Adolfo Nicolás), convierte su libertad a una lucha, una vocación por la consecución de vínculos más justos, liberadores y concretos, se empeña en reconocer a todos en dignidad y valor, a ver en el diferente a aquel que me permite la auténtica alteridad, a enriquecerse con la interacción de más voces. Y cuando esta comunidad desarrolla estrategias conducentes a la emancipación de toda loza que impida ejercer creativa e imaginativamente la existencia como “servicio”. Precisamente ahí es posible auscultar los “signos de los tiempos” como signos mesiánicos que apelan a la conversión de mi libertad en dirección a aquellas luchas.

En esta línea, el servicio a las reivindicaciones por emancipación, vínculos más humanos y reconocimiento de los pobres y excluidos son, según Adolfo Nicolás, S.J., los signos más evidentes de que Dios nos está trasformando en el Espíritu<sup>3</sup>. No se trata así, según este religioso, de “contar” la pobreza, sino sobre todo de “discernir cómo podemos contribuir a que las

cosas vayan mejor. La pregunta es cómo servir mejor y más a la Iglesia en la construcción del Reino”. Y también nos recuerda que “hay que discernir sin parar, continuamente, porque la vida es así. Y la pregunta que nos acompaña siempre es: esta decisión, ¿da vida o no da vida? ¿Es una decisión que aumenta la vida de los demás, que aumenta la vida de nuestros compañeros, de nuestra comunidad. ¿Esto mejoraría la vida de los otros o más bien dará la muerte, limitará la vida de los otros, entristecerá, aumentará el sufrimiento, excluirá a otros?”.

## REFLEXIÓN FINAL

Las pistas metodológicas que hemos compartido solo querían contribuir al ejercicio de discernimiento de los “signos de los tiempos”.

Para esto es fundamental preguntarse cómo la imagen bíblica del hombre resplandece en aquellos sucesos que hemos caracterizado más arriba como “paradigmas”: realidades racionales, éticamente vinculantes y que logran consenso histórico.

En esos eventos se revela por tanto una dimensión del existir humano, de su facticidad, que en su empeño por perfección, autenticidad e identidad hace aparecer esos “signos” que comprometen a mi libertad en dirección a la praxis mesiánica como *lugar* de conocimiento de los “signos de los tiempos”.

De ahí la dimensión “profética” del lenguaje conciliar: los cristianos confiesan que en los “signos de los tiempos” acontece Dios afectando radicalmente al hombre y poniendo en crisis, desde las cotas y excesos de humanidad que se han revelado en Jesucristo, toda verdad social, cultural, política y religiosa. “Signos de los tiempos” se dan entonces en el tiempo y el espacio donde la comunidad está en condiciones de auscultar empáticamente en la capacidad de solidaridad, en el darse por otros, en una existencia que se revela como pro-existente, como vida totalmente volcada, dada a otros, la actualización del Misterio pascual. **MSJ**

<sup>3</sup> Cf. *Jesuitas Chile*, diciembre 2010, número 12; A. Nicolás, S.J., “Crear un lenguaje nuevo para la experiencia cristiana”, *Mensaje* número 594, 2010, pp. 24-25.



**Hotel Acacias de Vitacura** ★★★★★

**Salas de Conferencias**  
Luz Natural,  
Jardines,  
Asados Corporativos.

☎ 211 8601  
[www.hotelacacias.cl](http://www.hotelacacias.cl)  
[reservas@hotelacacias.cl](mailto:reservas@hotelacacias.cl)